

Feito Alonso, R. (2022): *Desigualdades de clase social en el siglo XXI*. Valencia, Tirant humanidades. 176 pp.

“Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí”¹

La desigualdad ha sido siempre un problema al que las comunidades humanas han intentado poner solución. Desde Solón, que en la Grecia clásica planteaba un reparto más “justo” de la tierra, a las ciudades sin pobreza ni clases sociales en las utopías renacentistas de Tomás Moro (*Utopía*, 1516), o Tommaso Campanella (*La ciudad del Sol*, 1602) son algunos de los ejemplos que recorren toda nuestra historia. Más adelante, la pobreza y las condiciones de vida del mundo proletario motivaron los grandes movimientos sociales y políticos de los siglos XIX y XX; revoluciones y transformaciones que en Europa y Norteamérica hicieron del Estado un instrumento asistencial: los modernos estados de bienestar o *Welfare State*. Todo apuntaba a que en el siglo XXI nuestras sociedades abandonarían ya la prehistoria de la humanidad, como diría Karl Marx (Bottomore, 1975), con sus luchas de clases y una miseria generalizada, para entrar en un período de esplendor dominado por una asimilación, real o simbólica, de un universal estatus de clase media (Todd, 2018). La apertura del consumo a amplísimas capas de la sociedad y la marcha pacífica de las democracias occidentales condujeron a nuestras comunidades a un sueño plagado de oportunidades para todos sus miembros.

Pero, y parafraseando a Augusto Monterroso, cuando despertamos, el dinosaurio —de la desigualdad— todavía estaba allí. Con la crisis global iniciada en 2007 volvieron al mundo occidental los vientos del miedo y la preocupación que se pensaron sepultados. Autores como Piketty o el premio Nobel de economía, Paul Krugman, demuestran en sus trabajos que hasta las sociedades que pensábamos más igualitarias —Dinamarca, Suecia, o incluso Alemania— están sufriendo un aumento considerable en la brecha entre las clases más ricas y pobres. La desigualdad, en definitiva, no ha desaparecido, y el libro de Rafael Feito nos coloca en una detallada, exacta y minuciosa atalaya desde la que estudiarla.

No se podría iniciar el análisis de la desigualdad sin tratar la legitimidad, o no, de la riqueza que da origen a estos desequilibrios sociales. Una posible distinción entre la riqueza legítima, como la obtenida por un esforzado trabajador o empresario en su día a día, frente al caso de elevadas herencias, de enchufes entre miembros de las élites políticas o financieras; esta última como una forma de riqueza ilegítima. Sin embargo, una división de este tipo nos plantea otro problema: ¿la riqueza de grandes fortunas, como Bill Gates, es tan solo fruto de su trabajo, o es consecuencia de unos Estados que garantizan medios, infraestructuras y avances tecnológicos, desarrollados por el sector público? He aquí, según quien esto escribe, donde reside la parte más interesante y a la vez más compleja de los debates en torno a la legitimidad de la riqueza, y por tanto de la desigualdad. ¿Es la riqueza un fruto personal? ¿colectivo? Rafael Feito parece decantarse por una definición de la riqueza como producto de un trabajo colectivo, que en última instancia permite que grandes mentes, de eso no cabe duda, puedan desarrollar sus ingenios e ideas con los materiales que el Estado, sostenido por el conjunto de la comunidad política, pone a su disposición.

Y si es la sociedad la que provee, es lógico que a cambio surjan defensores de políticas redistributivas que mejoren la capacidad de consumo y las oportunidades de progreso para las clases trabajadoras. Algunas teorías, como la famosa *teoría del goteo* (Feito, 2022), defienden que en tanto que los ricos sean más ricos, los pobres serán menos pobres. Idea que afirma que las clases populares pueden mejorar su situación sin imponer políticas fiscales duras sobre la riqueza de la élite social. ¿Es esto suficiente para que los pobres dejen de serlo? Los más recientes estudios, citados por Feito, parecen poner en duda esta teoría del goteo, y demostrar que entre la sociedad occidental, paradójicamente la más rica del mundo, hay cada vez más una sensación de vivir en peores condiciones que hace un par de décadas (Feito, 2022: 20).

Pero, nos avisa Rafael Feito, la discusión sobre la posesión de la riqueza en pocas manos no se limita solo al ámbito moral o ético, sino también a las implicaciones políticas que esto conlleva. El que una minoría social concentre gran parte de la riqueza nacional supone que estos individuos contarán con un poder y una influencia difícilmente imaginable para los ciudadanos medios. Como ya describió la fina pluma de Francisco de Quevedo, don Dinero es un poderoso caballero “pues que da y quita el decoro/ y quebranta cualquier fuero” (Micó, 2017). O, como diría el exmiembro del Tribunal Supremo de Estados Unidos, Louis Brandeis, citado por Feito,

¹ Augusto Monterroso, 1959. *El cuento más corto*.

“podemos tener democracia, o podemos tener la riqueza concentrada en pocas manos, pero no podemos tener ambas cosas” (Feito, 2022: 27).

El libro de Rafael Feito trata, como vemos, aspectos vinculados a la desigualdad, pero ¿de qué tipo de desigualdad estamos hablando? El autor centra su análisis en la que tradicionalmente se ha entendido como base de todas las demás: la clase social (Pintor, 1976). Para ello, Feito nos abre las puertas a las obras de Erik Olin Wright, de John Goldthorpe y Mike Savage. Erik Olin Wright sería el máximo exponente de la teoría de clase marxista —o neomarxista, como gusta decir al autor—, pero su estudio difiere del tradicional u ortodoxo. Para Wright la gama de clases y subclases se amplía, formando un cuadro de doce posibles grupos determinadas por su capital, su condición de propietarios o asalariados, además de por otros dos factores innovadores: bienes de organización y bienes de cualificación. John Goldthorpe, partiendo de la tradición weberiana, construye su índice de clases a partir de “sus fuentes y niveles de renta, su grado de seguridad económica y las posibilidades de ascenso económico” (Feito, 2022: 45), así como la posición del sujeto en la jerarquía de control y autoridad del centro de trabajo. Tanto Wright como Goldthorpe, al igual que antes lo fueron Marx y Weber, parten de un análisis de clase de tipo relacional, en el que las clases no se determinan por poseer más o menos renta, sino por la relación entre unos grupos y otros, de ahí que se hable de clase proletaria, clase burguesa o pequeña burguesía, y no de clase alta o baja, que serían las categorías del otro enfoque, el gradacional, que entiende las clases como una gradación de arriba abajo en función de la renta. Finalmente, Rafael Feito nos presenta la propuesta de Mike Savage, que parte de la tipología de capital de Pierre Bourdieu: económico, cultural y social. Siete clases surgen de este planteamiento, desde el precariado hasta llegar a la élite.

Una vez expuestas las principales definiciones de clase, las más asentadas en los estudios de ciencias sociales, Rafael Feito se propone analizar los aspectos culturales y económicos, así como las posibilidades de desarrollo para los miembros de estos grupos, y su evolución en España y el mundo en las últimas décadas. Un punto que merecerá una lectura más pausada será la tendencia electoral de estas clases. Es especial, la relación entre el voto de la clase obrera y los partidos de derecha y extrema derecha, motivada por cuestiones económicas como el desempleo, la desindustrialización o la inmigración (Linhart, 2013). Mientras, los nuevos movimientos de izquierdas, ligados a luchas más culturales e identitarias, son apoyados por grupos profesionales de clase media y urbana (Bernabé, 2018).

Evidentemente existen otros tipos de desigualdad de las que el autor, consciente de ello, nos avisa, como son el género, la religión o la nacionalidad. Y es que actualmente, las facultades de Ciencias Políticas y Sociología fomentan líneas y programas de investigación que se preocupan casi exclusivamente en estudios de género y orientación sexual, por lo que el trabajo de Rafael Feito es una recuperación de la esencia misma del análisis social, que más allá de las percepciones individuales, los gustos y preferencias identitarias (Bernabé, 2018), debería centrarse en el estudio y comprensión de la siempre presente dialéctica entre grupos sociales, definidos estos por su posición en los modernos procesos de producción.

Otros temas interesantes tratados en este libro son las oportunidades educativas de los miembros de clase alta o baja, de sus proyecciones académicas y laborales; o el concepto, tan popular hoy, de meritocracia y su capacidad, o no, de validar el triunfo de unos y la desgracia de otros en la carrera hacia la elevación social. En definitiva, un libro plagado de reflexiones y preguntas que el autor responde con datos y una bibliografía que son de gran utilidad por su contemporaneidad, sin renunciar por ello a las bases teóricas que nos aportaron los clásicos de las ciencias sociales.

Bibliografía

- Bernabé, D. (2018): *La trampa de la diversidad*. Madrid, A fondo.
 Bottomore, T. (1975): *La Sociología Marxista*. Madrid: Alianza Editorial.
 Feito, R. (2022): *Desigualdades de clase social en el siglo XXI*, Valencia, Tirant humanidades.
 Linhart, D. (2013): *¿Trabajar sin los otros?*, Valencia, Universitat de Valencia.
 Micó, J. M. (2017): *El oro de los siglos. Antología (Clásica)*, Barcelona, Austral.
 Pintor, R. L. (1976): *La sociología industrial y de la empresa*, Barcelona, Vicens universidad.
 Todd, S. (2018): *El pueblo*, Madrid, Akal.
 Weber, M. (2006): *Conceptos sociológicos fundamentales*, Madrid, Alianza Editorial.

Domingo Martos Ruiz
 Universidad Complutense de Madrid
 Email: domimart@ucm.es